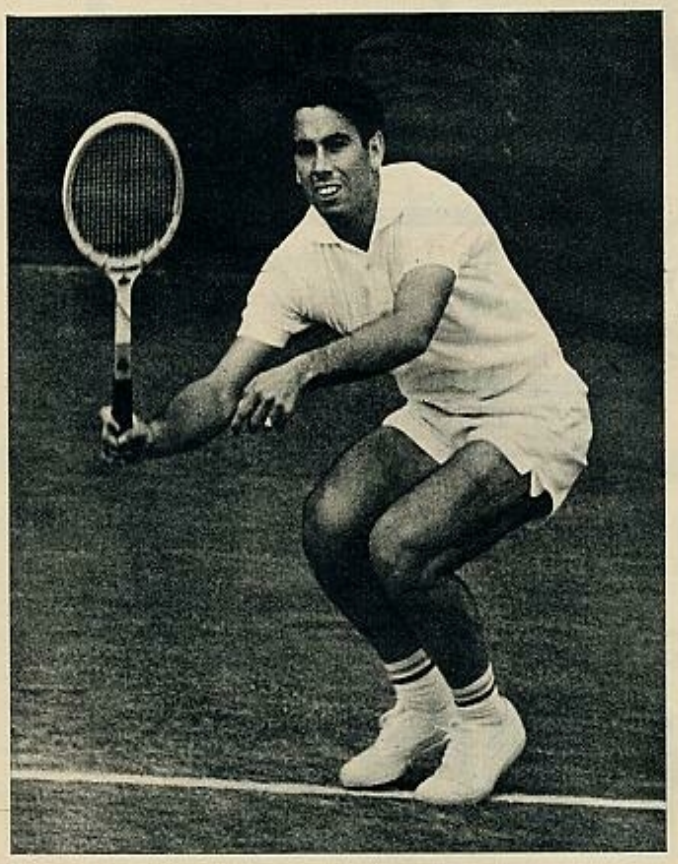
La hazaña del hombre de sesenta y seis años, dando la vuelta al mundo por la parte más difícil —que incluye el cabo de Buena Esperanza y el de Hornos—, solitario en su embarcación, ha hecho que la opinión pública británica se vuelva sobre su pasado y retorne, casi, al victorianismo. El sesudo «The Times» dedicaba seis columnas de las ocho de su primera plana a ensalzar al héroe. En Portsmouth, el puerto de donde partió hace siglos otro sir Francis —Drake— para combatir a la Armada Invencible, se habían congregado más de quinientas mil personas para recibir al navegante solitario. La población entera del país ha vivido pendiente de los incidentes de su viaje, y se ha sentido orgullosa —como sólo se sienten orgullosos los británicos— del feliz resultado. Chichester, hijo de un pastor anglicano, educado en una buena «public school», en vez de seguir la senda familiar empezó a trabajar, siendo un adolescente, como obrero agrícola, y a los diecisiete años embarcó rumbo a Nueva Zelanda. Allí decidió amasar una fortuna de no menos de tres millones y medio de pesetas de la época buscando oro, trabajando en los seguros y dedicándose a la especulación inmobiliaria. En 1929 volvió a Inglaterra y, después de adquirir un avión, voló hasta Australia. Durante la guerra, en vista de que la RAF no quiso aceptar sus servicios, se dedicó a la fabricación de mapas marítimos y de juegos de paciencia. En 1957, afectado de un cáncer de pulmón, se negó a ser operado y logró sanar. En 1960, a los cincuenta y nueve años, participa en la primera carrera transatlántica de navegantes solitarios; dos años más tarde vuelve a empezar; en 1964 logra atravesar el Atlántico en menos de treinta días... Su actual periplo, presentado como algo romántico y desinteresado, ha marcado un hito en los anales de la publicidad británica. Sólo algunos órganos de expresión han conservado la ecuanimidad, tales como el «New Statesman» y, quizá involuntariamente, el «The Times». El primero comentaba: «El objetivo del viaje de Drake, en 1571, fue estrictamente militar y comercial: fue un logro extraordinario... Una etapa de la expansión comercial y de la influencia inglesa. Terminado el viaje de Chichester, ¿dónde estamos? Donde estábamos: ante un país de economía estática, con una parte cada vez menor en el mercado mundial, con salarios que van quedando por debajo de los de Europa Occidental y un león pelado y todavía pretencioso». Y el segundo dice: «Estamos orgullosos de dar la bienvenida a sir Francis... pero la ciudad de Portsmouth también se sentiría orgullosa de dar la bienvenida a nuevas industrias».

LOS QUE SE VAN

## SPENCER TRACY

Para el público su nombre era ya un film. Era el tirón del gran actor que conquista no tanto por su atractivo físico cuanto por su calidad dramática. Pelirrojo, seguro de sí mismo, sin petulancia, hombre de bien. Esta ha sido la imagen de Spencer Tracy.

Hijo de irlandés, nació en Milwaukee (Wisconsin) y comenzó a estudiar Medicina en la Universidad del Estado, donde descubrió el teatro. Abandonó los estudios de Medicina por los de arte dramático y se enroló como actor secundario en el Guild Theatre. Ethel Barrymore le saca del anonimato. Pasa luego al cine, donde consolida su fama durante los años treinta. En 1937 y 1938 consigue dos Oscars por «Capitanes intrépidos» y «La ciudad de los muchachos». Entre sus últimos films podemos citar: «El viejo y el mar», «Lanza rota», «Conspiración de silencio», «Vencedores o vencidos», «El mundo está loco, loco, loco»... Desde hacía cinco años, luchaba con el pánico que produce una diagnosis de cáncer, intentaba sobreponerse a un organismo muy por debajo del espíritu que le animaba. Al fin, le ha vencido la muerte —un ataque al corazón— en Hollywood, la semana pasada. A los sesenta y cinco años.



## santana derrota a taylor

EL EQUIPO ESPAÑOL HA ELIMINADO AL INGLES EN LA SEMIFINAL DE LA COPA DAVIS, EN EASTBOURNE, ZONA EUROPEA, GRUPO B, POR TRES VICTORIAS A DOS. EN LOS ULTIMOS INDIVIDUALES, SANTANA VENCIO POR TRES SETS A CERO A TAYLOR. ARILLA PERDIO POR TRES A UNO ANTE SANGSTER. ROBERT TAYLOR, EN QUIEN TENIAN FUNDADAS TODAS SUS ESPERANZAS LOS INGLESES, EXCLAMO DESPUES DE SU DERROTA: «ES IMPOSIBLE». EL PUBLICO SE VOLCO ENFERVORIZADO SOBRE SANTANA QUE, A PESAR DE LLEVAR UNA MUÑECA VENDADA, NO ACUSO EN NINGUN MOMENTO DEL JUEGO SU DIFICULTAD FISICA.

ART BUCHWALD

## BIENVENIDO AL CLUB...

*Washington.—Queda abierta la sesión del Club del Mercado Común. El primer punto del orden del día es la admisión de nuevos miembros.*

*—Aquí tengo la solicitud de John Bull —dijo el presidente—. Charles, ¿tiene usted algo que decir?*

*—Mes amis: no soy yo quien pueda criticar, porque no conozco demasiado bien al señor Bull, pero este es un club exclusivo y debemos cuidar mucho la admisión de nuevos socios.*

*—En su solicitud, el señor Bull ofrece algunos datos: procede de buena familia que en el pasado tuvo intereses en el mundo entero. Posee un excelente récord de guerras, gran cultura en las artes y, aunque ha sufrido ciertos reveses financieros, garantiza que podrá pagar sus cuotas...*

*—Puede ser. Pero, ¿conocemos a sus amigos? Por ejemplo, tengo entendido que su mejor amigo es un norteamericano. ¿Deseamos verdaderamente en el club a alguien que tenga a un norteamericano por amigo?*

*—Bueno, Charles: muchos de nosotros tenemos algún amigo norteamericano y porque usted no tenga ninguno no parece que sea razón suficiente como para no aceptar a John Bull...*

*—Por favor, caballeros. No quiero aparentar —¿cómo diré?— irrazonable. Pero hay otras cosas que deben considerarse. No deseaba tratar de este asunto, pero, ¿saben ustedes que los ingleses se comen el queso después —después— del postre? ¿Pueden imaginarse ustedes lo que pasaría si tres ingleses ingresaran en el club?*

*—Podrían presentar problemas, pero, probablemente, el cocinero terminaría por adaptarse...*

*—Alors, podría hacerlo, pero yo tendría que comer en el mismo salón que los ingleses. ¡Y no resisto ver a un hombre comiendo queso después del postre!*

*—No creo que esa sea una razón suficiente para no admitir a un nuevo socio. Aldo, ¿desea usted decir alguna cosa?*

*—Yo opino que deberíamos alegrarnos de que alguien se interese por ingresar en el club. Si no nos gusta después, siempre podremos excluirlo. Al principio, ciertamente, no éramos tantos...*

*—Kurt, ¿quería usted hablar?*

*—Con mucho gusto. Como ustedes saben, caballeros, nunca he sentido ningún amor por los ingleses. Pero tal vez sea mejor admitir a Herr Bull. Así siempre sabremos en qué se ocupa. ¡Quién sabe! A lo mejor desea comprar un "Volkswagen"...*

*—Charles, su nariz se mueve. ¿Quiere decir algo?*

*—Monsieurs: como ustedes saben, soy el más razonable de los hombres y, si ustedes desean que ingrese este pretendiente, no haré nada para que su solicitud sea rechazada...*

*—Esa posición resulta muy correcta por tu parte, Charles.*

*—... Pero solicito que se le exija que nos envíe una carta aclarando por qué desea ingresar en el club. Y pido que se someta después a un examen médico, que rechace a su amigo norteamericano y que de tres vueltas a cuatro patas al edificio del club con un cartel en la espalda que diga que no abrirá el pico aquí dentro a menos que le pidamos que hable.*

*—¡Eso es demasiado! Y usted, Charles, sabe que nuestro reglamento no exige tales cosas.*

*—Entonces cambiemos el reglamento, mes amis. Este John Bull debe comprender que este club es muy selecto y que si ingresa en él debiera sentirse agradecido.*

*—Usted, Charles, está haciendo imposible el ingreso del señor Bull...*

*—Bien; si no están conformes con mis condiciones, no tendré más remedio que echarle "balle noir", o sea bola negra.*

*—¡Charles, usted es un hacha en esto de saber poner el veto!*

(Copyright 1967, The Washington Post Co. - Distribuido por Editors Service Inc. - Agencia Zardoya).

Fotos: CIFRA, EUROPA PRESS y UNITED PRESS INTERNATIONAL